

## BRUMA PSÍQUICA

En ese momento no se dio cuenta, pero semanas después se arrepintió de haberle contado al Cabo de la Guardia Civil, con todo detalle, los hechos que se produjeron en el sótano de aquel recóndito caserío, situado en un pequeño pueblo de la provincia de Zamora.

Aquella húmeda cueva sirvió de secreta tumba a las numerosas amantes que pretendieron solapadamente, con sigilo, apoderarse de su peculio.

El asesino, borracho de sangre, determinó compartir su macabra historia con un maquiavélico personaje que, obligado por los hechos acaecidos en su vida, mantuviese por su integridad, los labios sellados. En su mente bailaba la posible idea de que Raimundo “el Cabo”, mantendría la boca cerrada hasta el fin de su existencia. Error.

El capellán del presidio, en una fugaz visita, le enseñó el camino que le llevaría a la salvación, previo arrepentimiento de las malvadas acciones cometidas en aquel entorno de miseria. “La delicadeza no es cosa de este mundo”.

—Padre... ¿usted cree que me salvere de la condenación? —dijo Martín con ojos húmedos.

—Por un lado la condena física ya la tienes. La del alma está por ver.

El Cabo, en su pasado histórico portaba en su conciencia el maltrato, la extorsión, el chantaje y el implícito consentimiento del tráfico de drogas. El abogado que se encargaba de retrasar las diligencias sobre las acusaciones, le comunicó que las mantendría así, sin destruirlas, hasta que le proporcionase una causa digna de los altos tribunales.

“La ocasión la pintan calva”— pensó el Cabo Raimundo.

Los barrotes de la celda limitan la libertad de su cuerpo, pero no impiden que vuelen los sueños de Martín. Piensa en los días pasados. En sus conquistas. En sus amores. Lástima que terminasen su vida por conseguir unas monedas de oro.

¿Por qué les informaría de su tesoro? ¿De los baúles repletos de joyas, amatistas, rubíes, esmeraldas y zafiros? De su piedra filosofal. De la posesión de códices escritos en monasterios perdidos en la montaña. De sus islas, de sus barcos, de la flota de submarinos dedicados a investigar los secretos de las tumbas egipcias. De su nave espacial, que le informaba de la próxima llegada de seres especiales. Todo lo llegó a contar... y quizá no le comprendieron.

Sentía que le hubiesen “cortado las alas” antes de “cargarse” a quince o veinte demonios más, que intentaban dominarle. Jamás encontrarían el cadáver de su madre.